

mente: es el alma humana, llena de complicaciones y de abismos. Es Fedra, el delirio sentimental, la gran víctima de la pasión — personaje que la Edad moderna no ha sabido concebir, y que tiene la sublimidad de las épocas primitivas, allá cuando el deseo y el remordimiento eran fuerzas iguales. ¿Qué importa que el laberinto no haya existido jamás? Son verdad, verdad terrible, Fedra y Pasífae, la calcinada sangre maldita por Venus, la raza fatal consumida por llamas nefandas y horribles. Y ese oscuro laberinto, prisión de monstruos, del cual no acertaba a salir el mismo que lo había trazado, es Psiquis, ¡ay!, Psiquis, la Psiquis sombría que no admite explicación ni posee clave, la profundidad no iluminada por las antorchas, el eterno secreto, la desesperación del moralista, el tesoro del artista, que de ese seno profundo extrae perlas.

* *

Vuelvo al laberinto árabe. En este no hay nada que asuste, y sin embargo advierto esa impresión de fatiga nerviosa que prepara el camino a los fenómenos hipnóticos. Está hecho el laberinto por medio de una combinación de lunas de espejo, y una red de galerías sostenidas en columnas árabes, del estilo de la Mezquita de Córdoba. El laberinto es reducido; ocupa poco espacio, pero la gracia de la construcción está en que parece ocupar mucho, y a sus galerías no se les ve el fin. Nadie creará que siendo tan chico parezca tan difícil orientarse en él y buscar la salida. Ello es que así sucede, y que hasta hoy no sé si alguien ha logrado resolver el enigma propuesto a los que en el laberinto entran, aunque sin la sanción penal de ser devorados por el Minotauro.

Las lunas de los espejos, colocadas hábilmente, copian y devuelven la imagen de los visitantes del laberinto, multiplicándola de tal manera, que ocho o diez personas que allí se reúnan parecen una inmensa muchedumbre que por pasadizos sin término afluye a un punto central. Un perrillo se convierte en veinte o treinta perrillos que corretean por todas partes, y marean y aturden con sus saltos, de fantástica rapidez. Hay un rincón ó gabinete que se llama «de los Enamorados», porque desde él se ve venir a la misma persona cien veces, desde cien puntos distintos, pero en igual dirección: hacia la otra persona que aguarda en el gabinetito, y cuya retina se llena de aquella imagen, como se supone que está lleno de ella el corazón. Ilusión verdaderamente amorosa, esa aparición continua del mismo ser en todos los ámbitos del espacio. A los que pretenden salir del laberinto se les lleva a una cámara que tiene doce puertas, de las cuales sólo una conduce afuera. Y nadie tiene el acierto de empujar la puerta dichosa, la puerta única.

* *

Este laberinto geométrico, con sus combinaciones de óptica que ayudan a confundir los sentidos y a trastornar la cabeza, me recordó mil cosas de la niñez: las quintas y casas de campo en que jugué y corrí con la chiquillería, los primos, las primitas, los amigos de los primeros años. Había laberinto entonces, como ahora, infaliblemente, hay campo de *lawn tennis*. Eran los laberintos campestres de antaño hechos de mirto, y bustos y estatuas de yeso guarnecían sus bosquetes y templeteles pseudo-mitológicos. Solíamos apostar a quién salía primero del laberinto; y la verdad es que allí no tenía la empresa nada de difícil. Aquellos laberintos eran la inocencia misma, el candor vegetal. Las paredes verdes se estrechaban al eco de las carcajadas; el follaje retemblaba al paso de la tropa alegre y jubilosa que se perseguía, empujándose ocultándose, volviendo a abrirse camino, y aun brecha, entre las ramas desgarradas. Y un olor fresco, amargo, floreal, impregnaba las ropas, mientras las hojitas charoladas del mirto se quedaban presas en los sueltos cabellos ó en las trenzas de las mayorcitas — entonces el pelo se entrenzaba desde los diez años ó antes.

* *

Ya los laberintos de árboles son una cosa arqueológica, tan arqueológica como los otros laberintos de Egipto y Creta. Procedían de la jardinería francesa, acompañada y regular y decorativa, de la época de Luis XIV, y llegaron aquí con el retraso con que todo suele llegar, retraso de más de un siglo. Venían en derecho de Versalles y Choisy; y traían el madrigal y el asunto de país de abanico, a nuestras severidades escurialenses, a las graves arideces de los fondos de Velázquez y Ribera. Idea infantil y afeminada la del laberinto francés, aquí cundió, sin arrai-

gar. Y era más poético aún nuestro Generalife, con sus calles de arrozales y las sorpresas de sus graciosos surtidores de agua, que esas marañas discurridas por Leclerc y adornadas con redondillas galantes, fuentes de mármol con tritones y driadas y fabulillas de Lafontaine, inscritas en zócalos y recuadros color de rosa, por los cuales trepan las enredaderas salpicadas de blanquecina flor.

* *

Al lado del laberinto hay un panorama de Jerusalén, muy bien presentado, tanto que produce la ilusión de un circuito extensísimo, y en realidad, como el laberinto, ocupa poco trecho. Algo semejante he visto en París, en la época de la última Exposición: un panorama de la guerra franco-prusiana. Aquél, entre la ensangrentada nieve, presentaba hileras de cadáveres y huellas de incendio; éste nos lleva al bendecido Portal y a las dulces puerilidades de la mística Noche. Los adelantos de la ciencia en sus aplicaciones a estos espectáculos son aquí casi desconocidos. Apenas empiezan a popularizarse los cinematógrafos, los fonógrafos, los gramófonos, los kalidoscopios, todos esos recreos con nombres griegos, que en el extranjero se encuentran a cada paso.

¿Vale decir verdad? Me fastidian esas invenciones. Me fastidia el cinematógrafo, con su parpadeo y su temblequeteo y su pase de chispas continuo; me fastidia el fonógrafo, con su ronquera metálica y su resuello fragoroso de persona que tiene asma; me aburre el gramófono, el kalidoscopio me deslumbra, y sólo cuando no tengo más remedio me acerco a esos juguetes de la ciencia, reñidos con el arte, con el bello reposo y la emoción intensiva que el arte proporciona.

* *

Son juguetes, sí; juguetes de niños. No sale de esos juguetes una idea, un sentimiento, una palpación del corazón, un movimiento del alma. Se ven, y pasan sin grabar un recuerdo, ni excitar la ternura, como la excitaban las muñecas, ó el valor, como lo excitaban los caballos y los soldados de plomo. No entran, digámoslo así, en el alma de la niñez. Y los grandes tampoco sacamos de allí más que cansancio. Conozco que no se han hecho para mí tales invenciones, y huyo de ellas lo más lejos posible. Me hacen el efecto de un problema de ajedrez, juego a que nunca he podido dedicarme, por no entenderlo. Todo aquello en que entra un elemento matemático es contrario a mí. No poseo esa cosilla; no me presto a esa gimnasia intelectual. Y así es que admiro mucho a los jugadores de ajedrez, aunque sean autómatas.

* *

¡Dios os preserve de la *grippe*! Es el azote que ahora cae sobre Madrid, y creo que sobre Barcelona todavía con mayor fuerza y violencia. Mucha desinfección, mucho ejercicio, sobriedad, nada de disgustos... y la *grippe* está vencida. Es un enemigo que sólo ataca las plazas dismanteladas.

EMILIA PARDO BAZÁN

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

LABERINTOS

O hay espectáculos que dependen de la época en que se verifican, y no son concebibles, fuera de aquella época misma, en ninguna otra, ó lo que nos cuentan del Circo Romano es fantasía y hablar por hablar. Desde hace tres ó cuatro años se intenta aquí aclimatar la diversión de las luchas de fieras, y no se consigue, no porque la piedad y el horror a la sangre y a la carnicería lo impidan, sino buenamente porque la lucha... no sale. Ya es un león que se acoquina y se mete en los rincones, depuesta su ferocidad y todo acongojado y medroso ante los cuernos del toro; ya es una pantera que parece un gato, y gato manso, de los que al amor del brasero roncan cerrando los ojos; ya una hiena de excelentes sentimientos, afiliada acaso a las Ligas de la paz; ya un oso que se limita a bailar, haciendo méritos para lucir el frac rojo, en vez de acometer y de estrechar con su mortal abrazo al enemigo. La creación se pone mansa; la fauna pierde sus bríos y su fiera; ya no hay animales de esos que en la Edad Media, entre el simbolismo de los Bestiarios, asomaban vomitando fuego, incendiando con su aliento, tragando con sus bocazas a la gente. — Y por eso no cuajan las luchas del circo redivivas.

* *

Mala cosa es la mansedumbre. Pone triste ver a un león que se humilla, que tiembla y mete la cola entre las zancas. La imaginación asocia la actitud del gran felino a ideas bien tristes. De humillaciones de león está tejida la tela de nuestras desgracias. Por eso no quiero asistir a semejantes peleas, en las cuales falta el elemento artístico de la vieja Roma y sólo aparece el industrialismo de los modernos tiempos.

* *

Un espectáculo curioso y de carácter más bien científico que artístico, aunque de invención española, es el *Laberinto árabe*, que estos días se exhibe en el *Teatro Moderno*. El origen de los laberintos se pierde — como diría algún sabio de celuloide — en la más remota antigüedad. Los primitivos laberintos eran cementerios subterráneos, cruzados por calles, callejuelas y enrucijadas, y de esta forma sepulcral ya extinguida son todavía rezagos las Catacumbas, en las cuales el viajero se perdería a no guiarse, con sus cerillas encendidas, el capuchino práctico ya en conocer las réviravoltas y complicaciones de la red. El enorme laberinto egipcio permanece sepultado bajo tierra, como uno de tantos problemas arqueológicos, que algún día quizás saldrán a luz, al practicarse excavaciones ó cuando la casualidad lo quiera, pero que por hoy ni aun hay modo de sospechar cómo han de esclarecerse. El tal laberinto era inmenso, y contenía vías, templos, pórticos, escalinatas, colosos, cuanto sabía encerrar en las entrañas de la tierra el pueblo que construyó las Pirámides. Y ahí estará ese laberinto, soterrado, oculto, guardándonos revelaciones que harán la felicidad de los futuros investigadores... El misterio de los laberintos de la antigüedad es psicológico y literario. El de Creta, el más famoso, el que más habla a la imaginación, sólo en ella ha existido. Es un laberinto fabuloso entera-